

VISTAZO DE LA ETERNIDAD

Objetivo: Ver la tragedia de una vida de egoísmo mimado, y sus consecuencias eternas.

LA PARABOLA DEL RICO Y LÁZARO



“Había un hombre rico, que vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. Aconteció que murió el mendigo y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. El entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos” (Lucas 16:19-31).

Albert Schweitzer en uno de sus libros informa que esta narración comenzó una revolución dentro de su corazón. Llegó a considerar a África como si fuera un mendigo postrado a la puerta de Europa, y entonces sintió que era su misión ir al Continente Negro. La narración de Lucas 16 realmente es una narración que mueve a los hombres a la acción. Resulta difícil leerla sin preguntarse si no hay en nuestra propia puerta un alma que por mucho tiempo se ha descuidado.

La pregunta ha sido hecha muchas veces si ésta no es una parábola sino una historia auténtica. Algunos creen que no se la debe tratar como parábola. Señalan que no hay nada en el registro de Lucas que indique que es parábola, que al contrario, Jesús dijo: “Había un hombre rico.” Pero lo mismo se puede decir de la parábola anterior a ésta, del mayordomo

infiel. Jesús empezó ese cuento exactamente con las mismas palabras: “Había un hombre rico” (Lucas 16:1). No es lógico que en una parte del mismo capítulo se deban entender las palabras como literales y en otra parte como figurativas. Además la historia del rico y Lázaro se encuentra en una serie de parábolas que comienza en Lucas 14 y llega al capítulo 18. Las dos parábolas encontradas en el capítulo 16 se complementan una a otra. Las dos tienen que ver con el uso correcto del dinero: una demuestra cómo el uso sabio de las riquezas puede asegurar una recepción feliz en el cielo; la otra, cómo el uso egoísta de las riquezas puede conducir a la miseria y a la angustia en la eternidad.

Esta parábola es única por lo menos en un aspecto: da un nombre a uno de los personajes. El rico a veces es llamado Dives, que es la palabra latina para rico; pero este nombre no consta en la parábola. Empero Jesús sí describe a un mendigo desatendido y le llama Lázaro. Lázaro era un nombre común; y es la traducción griega del nombre hebreo Eleazar. Eleazar significa “Dios es mi ayuda,” y sin duda Jesús escogió este nombre para indicar que Dios es el que ayuda a los que le invocan.

TRES ESCENAS

Jesús presenta la historia del rico y Lázaro en tres escenas. Primero, se da un dibujo breve de los dos hombres mientras vivían en la tierra. El rico vivía con tranquilidad y lujo. Se vestía de púrpura y lino fino. En el mundo antiguo los vestidos de púrpura eran los vestidos reales y se consideraban señal de honor y riqueza (Jueces 8:26; Ester 8:15; Daniel 5:7). Cada día el hombre hacía un banquete magnífico. Cada día comía de una manera real y se vestía de una manera real.

Todo en la escena hablaría de belleza, si no fuera por un detalle doloroso. A las puertas del palacio se hallaba un pobre mendigo. Estaba hambriento, felizmente comería cualquiera cosa de la mesa del rico. Estaba enfermo. Su cuerpo estaba cubierto de úlceras horribles. Era tan débil e indefenso que no podía protegerse de los perros que le lamían sus llagas. El contraste de estos dos hombres en la tierra, el rico y el mendigo, es agudo y amargamente trágico.

La segunda escena tiene que ver con los dos hombres al morir. Débil y enfermo y hambriento, no demoró mucho en morir el mendigo. ¿Le hizo falta a alguien? ¿Hubo amigos para consolarle en sus últimas horas? ¿Le hicieron las honras fúnebres?

Suenan sus huesos sobre las piedras
No es más que un pobre que nadie ama.

El rico también murió. Todos esperaban que el mendigo muriera, pero no el rico, no el ciudadano principal. Pero, igual al mendigo, murió. Murió a pesar de sus riquezas; murió a pesar de su palacio y sus vestidos finos. Y

fue sepultado. ¡Qué funeral debe de haber sido, con la llegada de los grupos de amigos, el lamento de los dolientes, y la lectura de elogios! De esta manera cae la cortina en la segunda escena de la narración.

La tercera escena revela el destino de los dos después de la muerte. Lázaro murió y “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham.” La expresión es figurativa y sugiere el compañerismo profundo de Abraham con todos sus descendientes verdaderos: los recibe como un padre a su hijo en sus brazos. Lázaro, por lo tanto, estaba en un estado de plena felicidad.

El rico, preguntándose en dónde podría estar, alzó sus ojos en el Hades. Ahora despojado de su manto de púrpura, en tormentos, estaba experimentando de antemano el infierno. Al convencerse que ésta era la realidad, y no un sueño, empezó a pedir misericordia. El rico había llegado a ser mendigo. Buscó salvar su vida, y la perdió.

LO QUE NO HACE LA MUERTE



La parábola como es presentada por Jesús comunica grandes lecciones en cuanto a la vida actual y la vida venidera. Sería completamente equivocado intentar construir a base de esta singular parábola una detallada e inflexible teología de la vida después de la muerte. La gran tentación de hacer doctrinas acerca de lo no conocido se debe evitar. Sin embargo Jesús nos ha dado una vislumbre breve del otro mundo, de la cual emergen ciertas lecciones inequívocas. Aprendemos de ésta que hay ciertas cosas que la muerte, con todo su poder, no puede hacer.

1. La muerte no puede destruir la conciencia. El rico y Lázaro son muertos, pero aún viven. No duermen ni están inconscientes de lo que hay alrededor de ellos.

El hecho del conocimiento después de la muerte es presentado claramente en la parábola, pero también es claro en otras partes de la Escritura. En una ocasión Jesús dejó boquicerrados a los saduceos, quienes no creían en la resurrección, al referirse al Antiguo Testamento (vea Mateo 22:23-33). Les hizo recordar que Dios dijo a Moisés: “Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.” Esto fue mucho después de la muerte de los grandes patriarcas. No obstante, Jesús añade: “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.” Es absurdo pensar que Dios gobierna sobre los que no existen; entonces, Abraham, Isaac, y Jacob todavía viven. En otros lugares Jesús enseñó que la conciencia sobrevive a la muerte. Dijo, por ejemplo, de los malvados que le rechazaron y no hicieron caso a su voluntad: “E irán éstos al castigo eterno” (Mateo 25:46).

El lugar de la condenación es un lugar de dolor y sufrimiento. Pero donde no hay conocimiento, no hay sufrimiento; entonces los hombres tienen el conocimiento después de la muerte.

2. La muerte no puede destruir la identidad. El rico y Lázaro no sólo estaban vivos, sino que eran conscientes de sí mismos. El rico todavía era el rico y Lázaro todavía era Lázaro. El rico habla de sí como si fuera la misma persona; sabe que es el mismo individuo que conoció a Lázaro en vida; y sabe que es de una familia de seis hermanos.

Ahora es cierto que la muerte cambia muchas cosas. Al morir somos separados de todo lo material. Nuestras ganancias monetarias, nuestros tesoros, todas nuestras posesiones son arrancadas de las manos. Nuestras casas terrenales se disuelven.

Nuestros cuerpos vuelven a ser polvo. Todo lo que es físico se desvanece. Pero la muerte no puede cambiar la personalidad. El individuo perdura. Es extraordinario cómo mucha gente piensa que la muerte les transformará maravillosamente. Sienten que pueden manchar sus vidas en el fango del pecado, y por el mero hecho de morir, entrar a la presencia de Dios tan blancos como la nieve. Pero no es posible acostarse por un momento, siendo egoísta, pecador, y sin Dios, y luego levantarse de la muerte completamente puro y sin pecado y semejante a Cristo. El último respiro de la muerte no puede alterar un mal carácter o una conciencia culpable. Solamente la sangre de Cristo puede limpiar el corazón del hombre y purgar su vida. La muerte no obrará, para un alma llena de pecado, lo que la sangre de Cristo no pudo hacer. Como la muerte encuentra al hombre, así será el instante después cuando abra sus ojos en el mundo no visto. Usted será usted mismo, y yo seré yo mismo. Somos nosotros mismos, y lo seremos eternamente.

3. La muerte no puede destruir la memoria. En el Hades el rico buscó alivio de su angustia. Pero Abraham dijo: "Hijo, acuérdate..." Abraham quería que mirara hacia atrás para que viera la clase de persona que había sido en la tierra. Podía recordar. Se acordaba de su vida de complacencia. Se acordaba de Lázaro. Recordaba a sus cinco hermanos. Después de la muerte, entonces, los hombres tienen el poder de la memoria. El poder de la memoria aumentará y profundizará los gozos del cielo; también agonizará la conciencia e intensificará los remordimientos de los condenados al infierno del diablo.
4. La muerte no puede destruir el destino. En esta narración Jesús enseña precisamente que después de la muerte hay sólo dos premios. Lázaro se encontraba en un lugar de gozo y comodidad. El rico sufría dolor intenso. Clamaba para que enviaran a Lázaro a

tocar el agua con su dedo y así le enfriara su lengua. Aun la más pequeña ayuda sería bienvenida. En el reino no visto hay una aguda separación entre los semejantes a Dios y los separados de Dios. Hay una gran sima. La palabra griega para esa sima es (chasma), que es igual a un abismo. Entonces entre los justos y los malos hay un abismo inmenso. Y ese abismo es fijo. La división entre los buenos y los malos es absolutamente fija y permanente.

¿Quién separé al rico de Lázaro? ¿Quién puso el abismo que los dividió? Ni Dios, ni Cristo, ni los ángeles. Estos hombres se separaron a sí mismos. Al estar en la tierra había un abismo grande que los apartaba al uno del otro. Escogieron de distintas maneras. Viajaron en distintos caminos. Vivieron en distintos mundos. Y ese abismo que existió en la tierra, no cambiado por la muerte, continuó en la eternidad.

LA CONDENACION DEL RICO

En la parábola, el rico fue mandado irrevocablemente al lugar de tormentos. ¿Cuál había sido el gran error de su vida? Por qué fue condenado? No fue condenado simplemente por ser rico o por vivir en una mansión. No todos los ricos son censurados por el Señor, porque Abraham mismo era rico. Ni fue condenado el rico por algún hecho malvado. No fue un hombre violento. No fue cruel con Lázaro a propósito. No lo echó de sus puertas, ni le pegó en la cara al pasarle. ¿Cuáles, entonces, fueron los pecados del rico?

1. Era indiferente. ¿Cuánto tiempo permaneció Lázaro en la puerta del rico? No lo sabemos, pero lo suficiente para que el rico lo reconociera después de la muerte. Vez tras vez el rico había visto a Lázaro mendigando fuera de su casa. Allí delante de él se encontraba un hombre enfermo y muriendo de hambre. Ese hombre era su responsabilidad. Si lo hubiera ayudado tal vez, tan solo una vez, dándole lo que tuviera entre su bolsillo, habría atesorado riquezas en el cielo. Su dinero pudo haber sido el medio de asegurar su salvación. Pero estaba endurecido a la aflicción humana, aun con ese pobre a su puerta.
2. Era egoísta. El problema del rico iba más allá de la indiferencia. Bajo esa fría despreocupación, su vida egocéntrica sólo se ocupaba en los placeres. Sus deleites físicos eran su orgullo principal. Absorbido por ellos, se hizo olvidadizo de las necesidades de otros. El egoísmo degradó su vida y selló su destino.
3. Menospreciaba la palabra escrita. Cuando se enteró de que no había alivio posible para él, pidió que alguien fuera enviado a advertir a sus cinco hermanos. Abraham replicó: “A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos” El entonces dijo: “No padre Abraham, eso

no es suficiente.” Sería como decir: “Si yo hubiera sido advertido suficientemente, si algo más que Moisés y los profetas me hubiera sido dado, habría escuchado.” Así que, en la tierra, el rico despreció la palabra de Dios. La había visto como sin poder y superflua. Pero Abraham dijo que el mensaje escrito de Dios era tan eficaz como una voz de entre los muertos.

Los hombres no se salvan por el testimonio de fantasmas. No se convencen por milagros sino por la persuasión. Dios atrae a los hombres a Cristo por la enseñanza de su palabra (Juan 6:44,45).

La palabra de Dios, al creerla y recibirla, es capaz de salvarnos del pecado (Santiago 1:21). Subestimar el valor de ella es ponerse uno mismo en peligro del rechazo eterno.

PREGUNTAS

1. Repasar los puntos acerca de la cuestión de si es una parábola o no. Si es una parábola, entonces, ¿qué es lo raro en ella? ¿Qué significan los nombres Dives y Lázaro?
2. Discutir lo que quiere decir lo siguiente: (1) vestirse de púrpura, (2) el seno de Abraham, (3) Hades. ¿Es esta narración un dibujo de la muerte antes o después del día del juicio? Dar razones para su respuesta.
3. ¿Cómo enseña esta parábola sobre la conciencia y la identidad personal después de la muerte? ¿Cuáles son otras escrituras que enseñan la misma lección?
4. Discutir la expresión “Hay una gran sima.” ¿Qué lecciones podemos sacar de esta expresión?
5. ¿Por qué fue condenado el rico? ¿De qué manera nos sirve de amonestación?
6. ¿Tiene uno que ser muy rico para ser condenado por el mismo pecado del rico?